

HISTORIAS DE VIDA Y TRABAJO SOCIAL

**Acercamientos para la investigación
e intervención interdisciplinaria
sobre las violencias en Colombia**

Adolfo León Atehortúa C.

José Joaquín Bayona E.

Alba Nubia Rodríguez P.

LOS ESTUDIOS RECIENTES ACERCA DE LAS VIOLENCIAS EN COLOMBIA

Entrada la década de los noventa, los investigadores de la violencia en Colombia han considerado dicho fenómeno como resultado de una compleja red de interacciones, causas múltiples y características peculiares, que le han permitido permear el tejido social hasta el punto de constituirse en uno de los medios más eficaces para el logro de metas, válvula de obstáculos, y mecanismo para la obtención de ventajas en las relaciones sociales.

Aunque es poco aceptada la hipótesis que plantea la presencia estructural de una *cultura de la violencia*, empieza a ser admisible que, en la construcción de lo social, juegan un papel central diversas formas culturales de hacer violencia, cuya existencia se palpa en todo tipo de resolución de conflictos: desde una simple querrela doméstica o infantil, hasta la más radical confrontación por el control del poder político.

Es evidente el progreso en el análisis. De aquellas interpretaciones de corte estructural que sólo veían en el terreno de lo político o de lo económico, las causas de los procesos de violencia, se ha transitado hacia una óptica que considera el juego de diversos factores en operación entrelazada y simultánea sobre todos los ámbitos de la vida social. Dentro de este panorama, al menos tres lecturas diferentes acerca del fenómeno de la violencia tienden a copar la atención de los investigadores :

Por un lado, podríamos ubicar al grupo interesado en la *fenomenología*. No sólo se ha dado a la tarea de establecer la magnitud del problema sino de construir los diferentes perfiles de las violencias contemporáneas. Su fuerza reside en las descripciones y datos elaborados con base en registros sistemáticos. Su atención se centra básicamente en la violencia urbana, sin desconocer sus manifestaciones rurales sobre el supuesto de que es en los centros urbanos donde finalmente se definen las dinámicas de las violencias regionales. La perspectiva, según la apreciación de algunos autores, consiste en “privilegiar el cómo sobre el por qué de los fenómenos estudiados, es decir, la descripción analítica detallada para buscar explicaciones e interpretaciones que sirvan, a partir de hipótesis más afianzadas, para nutrir una posterior teorización más sólida”.¹

Aunque los resultados obtenidos en sus investigaciones son generalmente descriptivos, elaboran adicionalmente síntesis analíticas que intentan globalizar las explicaciones dentro de la interacción entre acción social violenta y estructuras sociales de poder y dominación. Se trata de estudios diversificados teórica y metodológicamente, con una notable preocupación por los datos y su interpretación.

Sin duda, uno de los trabajos pioneros en este grupo lo representan las investigaciones de Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán sobre violencia urbana, inscritas dentro de una óptica pluridimensional y multicausal. Su ejemplo ha dado un importante impulso a la sociología colombiana y ha contribuido con nuevos elementos para la comprensión del fenómeno de la violencia. Las teorías dominantes que relacionan mecánicamente pobreza y violencia, o aquellas que ven en el proceso de urbanización y la vida en las ciudades, causas necesarias y suficientes para el surgimiento de las violencias, son refutadas con éxito, en tanto no resisten la evidencia empírica de que se valen los autores. Si bien su estudio es local, Camacho y Guzmán no se apartan de una visión general del problema de la violencia. Presentan la situación de Cali como un indicativo de las tendencias, escenarios,

1. Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán. *Colombia, ciudad y violencia*. Bogotá: Ediciones Foro Nacional, 1990. p. 17.

dinámicas y lógicas en las que se resuelven los procesos de violencia a nivel nacional.

La fenomenología de la violencia como perspectiva de análisis, ha sido adoptada por diferentes instituciones interesadas en conocer el comportamiento de diversas violencias sectoriales, tales como el pandillismo, la violencia intrafamiliar y de género, el sicariato, el crimen organizado, las desapariciones, etc. Sin embargo, su limitación consiste en una preocupación extrema por el dato, que genera a menudo dificultades y omisiones en el análisis de profundidad.

Un segundo grupo estaría conformado por los *etnólogos* o *etnógrafos de la violencia*. Al yuxtaponer técnicas de investigación propias de las ciencias sociales, técnicas literarias de tratamiento formal de los datos y métodos de trabajo utilizados por la antropología, el trabajo social y el periodismo de investigación, han logrado construir afortunadas narraciones en torno al fenómeno de la violencia, sus actores, circunstancias y causalidades.

Alfredo Molano en el área rural y Alonso Salazar en el ámbito urbano, son quizás los mejores expositores dentro de esta línea de investigación, donde el testimonio de los actores es la unidad de análisis y la narración se prefiere sobre la cuantificación del problema. Los relatos -se argumenta- contienen todos los elementos requeridos para el análisis con una integración prestada por el escritor. Al lector “no se le somete a la prueba insípida de armar un rompecabezas con base en cientos de cuadros estadísticos y en esquemas de variables sueltas a fin de construir una realidad desplazada por un intermediario ajeno a los hechos”. Los testimonios “conservan la frescura de la tragedia hasta donde es posible conservarla en el recuerdo del protagonista”.²

El aporte de Molano va más allá de la solución formal de sus trabajos y de sus búsquedas narrativas. Se trata de una sólida labor investigativa en relación con las regiones de frontera y sus oleadas de colonización. Es la crónica de ese proceso inacabado de formación de sociedad y nación, donde se enfrentan el territorio y los hombres, la naturaleza y

2. Alejandro Angulo. Prólogo al libro *Los años del tropel*, de Alfredo Molano. Bogotá: Cerec, Cinep, Estudios rurales latinoamericanos, 1985. p. 12.

la cultura y donde de manera clara la violencia juega un papel central. Con Molano somos testigos de una épica moderna, escrita desde las Ciencias Sociales, donde el testimonio revela una historia colectiva que la estadística abstrae y despersonaliza.

Probablemente, la contribución más significativa de los etnógrafos de la violencia, es su insistencia por traspasar el análisis del homicidio y de las violencias severas para penetrar en los procesos previos a la manifestación del hecho. En otras palabras, su interés por interrogar los tejidos sociales en los cuales viven y sobreviven los actores de las violencias y centrar su atención en los elementos culturales y de vida cotidiana por sobre la formalidad de los discursos cientistas.

Un tercer grupo estaría conformado por los *analistas macro e históricos de la violencia*. Persisten en enfoques globalizantes sin abandonar la búsqueda de explicaciones bajo miradas estructurales y procesos de larga duración. Si bien ha sido superado el economicismo y el politicismo como vías únicas de relación causal, su fuerza reside en indagar las continuidades y discontinuidades de los procesos de violencia bajo un riguroso análisis histórico que implica movimientos sociales y políticos, coyunturas e ideologías, mentalidades y circunstancias regionales concretas. Un ejemplo específico de este tipo es el intento realizado por Gonzalo Sánchez, de "precisar en un modelo no evolutivo sino de rupturas sucesivas, los diferentes contextos y los diversos tipos de combinaciones entre guerra y política por los que ha pasado el todavía inacabado proceso de formación de la nación colombiana".³ Más reciente aún, una vigorosa investigación del CINEP intentó combinar las dimensiones estructural y coyuntural bajo un énfasis regional que permitiera, no obstante, enfrentar globalmente el problema. La idea central del estudio, de acuerdo con Fernán González, perseguía el análisis de las violencias a partir de la historia del país. "a la luz de la específica configuración del Estado y de la sociedad colombianos en sus niveles nacional, regional y local, teniendo siempre en cuenta la dimensión espacial", los procesos de poblamiento e

3. Gonzalo Sánchez. "Guerra y Política en la sociedad colombiana". Capítulo inicial publicado en *Análisis Político*. N° 11, septiembre-diciembre 1990. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

integración interna, la creación de “redes políticas” y los imaginarios colectivos de identidad y pertenencia⁴.

Mención especial merece la obra de Daniel Pécaut. A pesar de sus confesiones en torno al desaliento por la búsqueda de explicaciones globalizantes y totalizadoras acerca de la violencia en Colombia, Pécaut logra sintetizar el trabajo documental, las técnicas de agregados y las fuentes etnográficas, produciendo una simbiosis que elimina de paso los falsos problemas y debates en que se desgastan a menudo historicistas, etnoliteratos y fenomenólogos de la violencia contemporánea en Colombia. Una de las conclusiones de Pécaut, retoma los diversos tópicos de la investigación con una combinación ideal de presente comprendido a través del pasado: “La violencia es cosustancial al ejercicio de una democracia que, lejos de referirse a la hegemonía de los ciudadanos, reposa en la preservación de sus diferencias ‘naturales’, en las adhesiones colectivas y en las redes privadas de dominio social y que, lejos de aspirar a institucionalizar las relaciones de fuerza que irrigan la sociedad, hace de ellas el resorte de su continuidad”.⁵

Al refinar el análisis, al reconocer la multivalencia y la multidireccionalidad de la violencia, al estrechar la dinámica relación estructura-coyuntura, pasado-presente, se ha hecho factible, según el consenso de la Comisión de Estudios sobre la violencia en 1987, procurar la recuperación de una visión del conjunto y, por lo tanto, la posibilidad de rastrear causas que globalicen y expliquen la persistencia y la profundización de los procesos de violencia en nuestra sociedad. Las investigaciones ulteriores, cualquiera que fuere su método, teoría o terreno, deberían intentar la conjunción entre lo general y lo particular, entre la sociedad y el individuo, entre los escenarios y las circunstancias, entre lo macro y lo micro. Más que una orientación para la investigación, es incluso una necesidad trazada por la realidad.

4. FERNÁN E. GONZÁLEZ, ET. AL. *Violencia en la región andina. El caso Colombia*. Santafé de Bogotá: Cinep - Apep, 1993. pp. 56-57.

5. Daniel Pécaut. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá: Cerec-siglo XXI, 1987. p. 17.

Ahora bien, ¿cuál puede ser la vía de investigación más expedita para un trabajador social? ¿Cómo combinar el análisis de los fenómenos con algo tan propio de la disciplina como es la intervención? ¿Cómo hacer teóricamente productivas las esferas y relaciones que la práctica profesional plantea?

Es obvio que la respuesta no puede quedarse o suponerse en el plano de receta. En un universo tan complejo como el de la violencia, no existe a priori una sola técnica ni un solo camino adecuado, diferente al principio general de investigar, evaluar e intervenir planificadamente en todas las direcciones factibles. De hecho, las circunstancias concretas exigen, por sí mismas, un método y un fundamento teórico que le correspondan y permitan su comprensión cabal. Se hacen zapatos para los pies y no pies para los zapatos. Sin embargo, ello no excluye la posibilidad de sugerir un camino entre muchos otros; de configurar alternativas viables que enriquezcan el conocimiento existente sobre la violencia y dibujen perspectivas de intervención participativa con las sociedades o comunidades afectadas. Este es, a título de ejemplo, el sentido de un camino inexplorado hasta ahora para la violencia urbana en Cali. Un camino que, adoptando las experiencias obtenidas en pioneros estudios-tipo, arroje nuevas luces y nutra el devenir académico en sus interpretaciones sobre la problemática de la violencia.

**INTERDISCIPLINARIEDAD E INTERVENCIÓN. UN SENDERO:
HISTORIAS DE VIDA SOBRE LA VIOLENCIA CONTEMPORÁNEA**

La evolución creciente de las violencias en Colombia, no sólo ha colocado en evidencia la crisis de una sociedad cuestionada y señalada como responsable; ha puesto de presente, para el mundo académico, cierto agotamiento crucial de los discursos interpretativos sobre dicha problemática. La eficacia social y política de los productos de investigación y de los diagnósticos parcialmente levantados o concretamente omitidos, es mínima frente al reto de las soluciones. El carácter pragmático, la razón de ser y función social de las ciencias sociales, no sólo ha sido ignorada por la sociedad y sus estamentos orgánicos y

políticos; de alguna manera, los científicos han contribuido, también, a que su discurso caiga en el vacío; las ciencias sociales han permitido, igualmente, el extravío de su aporte y sus significados frente a una sociedad que lo reclama a gritos.

Pareciera que, dentro de cierta crisis metodológica de las Ciencias Sociales y del derrumbe de los discursos totalizantes, fueran necesarias nuevas y/o renovadas propuestas de interpretación y análisis que atiendan más a los sujetos, sus particularidades sistémicas de acción y pensamiento y que, además, otorguen privilegio a los ámbitos regionales y locales.

Es tan sólo una consideración, es cierto. Pero los historiadores comprendieron, hace rato, la perpetua gestación de la historia, que evoluciona con los hombres y los hechos que marcan su existencia y a veces le enseñan el camino. En palabras de Georges Lefebvre, “la concepción de la historia, los medios de que dispone y el método que se asigna, están en relación con la vida que refleja”.⁶

En el fondo, es ésta la crítica de N. Lechner para los sociólogos y de Jacques Le Goff para los historiadores:

“La profesión de sociólogo -en su tradición racionalista decimonónica- presupone una sociedad transparente. Pretende despejar las tinieblas, trabajando en el desencantamiento del mundo: elaborando estadísticas, diagramando mapas de correlaciones de fuerza, auscultando discursos y encuestas. Sin embargo, no captamos ‘la vida’ sino donde ya está racionalizada y formalizada. Duplicamos la cosificación de las relaciones sociales, colaborando en el férreo autocontrol que hemos ido imponiendo a nuestra creatividad. De ahí proviene un sentimiento de frustración que surge de la concepción misma que nos hacemos de lo científico. Identificamos lo científico con lo objetivo y pretendemos asegurar la objetividad mediante el método. Pero cuando más formalizada es nuestra investigación, tanto más yerra su objeto; no capta el proceso social sino ‘cosa en sí’”.⁷

6. G. Lefebvre, citado por Antonio Casanova. 'Fuentes históricas y realidad histórica'. En, *La Historia Hoy*; G. SADOUL ET. AL. *Op. cit.*, p. 35.

7. N. Lechner. *Vida cotidiana y ámbito público en Chile*. Santiago: FLASCSO, 1980.

“La mayoría de los historiadores se niega a ver los problemas nuevos y, por inconsciencia o por miedo, se agarra a los cadáveres... Pienso que la historia conserva su propio campo, pero que debe aceptar ciertos replanteamientos y admitir un cierto número de técnicas que actualmente están ya bastante adelantadas”.⁸

Se precisa, por consiguiente, la búsqueda de renovados lenguajes para las Ciencias Sociales y de nuevos modelos de intervención para las instituciones encargadas de trabajar la problemática de las violencias. Lenguajes y modelos que atiendan, por ejemplo, la intersubjetividad de los actores, en el sentido de que el paradigma en construcción y los diseños de intervención sean más narrativos y concretos que conceptuales y abstractos. Si bien es importante interrogar el problema desde los enfoques tradicionales, no lo es menos indagar, en el terreno urbano, acerca de los contextos y escenarios en los cuales se manifiestan los hechos de violencia, así como también sobre los discursos y relatos que aportan sus actores. De esta forma, la historia oral, la etnografía, la convivencia antropológica con los protagonistas y, al lado de ellos, el trabajo social, emergen como formas válidas del saber y la acción interdisciplinaria para penetrar la problemática de las violencias, ya no como apoyos instrumentales del discurso tradicional de las Ciencias Sociales y del trabajo de intervención, sino como nuevas escrituras que permitan no sólo interpretar el problema sino *buscarle soluciones “desde adentro”*.

En este sentido, el trabajador social, en el terreno concreto de su práctica profesional, en su relación estrecha con la comunidad y los individuos que a ella pertenecen, está llamado a construir formas de interpretación, análisis y causalidad que permitan la exploración de nuevos mecanismos de comprensión y acercamiento hacia las prácticas sociales y las relaciones humanas. Pero está llamado, igualmente, a la investigación interdisciplinaria, al trabajo en equipo con las profesiones sociales y humanas que persiguen un objeto similar del conocimiento.

p. 1. Citado también por Carlos Piña. *Historias de vida...*, pp. 134-135.

8. Jacques Le Goff. 'Los méritos de la historia y las ciencias humanas. A propósito de la edad media'. En, *La historia Hoy. Op. cit.*, p. 114.

Se sabe que las historias de vida constituyen un auténtico reflejo de las comunidades y sus individuos. El trabajador social, estratégicamente ubicado en éstas, posee una situación singular y óptima no sólo para captar la vida real y la situación concreta de una sociedad, sino, preferencialmente, para intervenir sobre ella y actuar en la transformación e impulso de aquellos procesos de vida particulares y colectivos. Ello deben comprenderlo las otras prácticas científicas.

El complejo universo de la violencia exige respuestas integrales, interdisciplinarias y participativas que abarcan el plano de lo micro -la persona, la familia, la escuela-, pero también el de lo macro -la sociedad entera-; el ámbito económico, pero también el político. La especialización que una diversidad de tal índole requiere, no consiste en una absurda "departamentalización disciplinaria". Por el contrario, supone el trabajo comparativo, teórico y empírico de una ciencia social unificada, interdisciplinaria. Tal es el consejo de Wright Mills:

"Especializad vuestro trabajo diversamente, de acuerdo con el asunto, y sobre todo de acuerdo con el problema fundamental. Al formular esos problemas y tratar de resolverlos, no titubeéis, antes procurad aprovechar constante e imaginativamente las perspectivas y los materiales, las ideas y los métodos de todos y cada uno de los estudios inteligentes sobre los hombres y la sociedad".⁹

La etnografía es, en esta dirección, una disciplina de gran utilidad, no sólo para los trabajadores sociales sino, en general, para quienes se preocupan por el fenómeno de la violencia. Su función, de acuerdo con el argumento de André Leroi-Gourhan, no tiene relación ni con el análisis de las costumbres pintorescas de pueblos exóticos, ni con una estéril labor abstracta. Su objeto es, en gran parte, el estudio directo y profundo de las respuestas particulares que dan los grupos humanos a las corrientes generales de civilización a las que están sometidos¹⁰.

Si la tarea etnográfica consiste, entonces, en la descripción de grupos humanos tomados en su particularidad, en sus circunstancias

9. Charles Wright Mills. *La imaginación sociológica*. México: FCE, 1961. p. 235.

10. André Leroi-Gourhan. Prefacio a L'aubrac. En, *La Historia Hoy*. G. SADOUL, ET. AL. Barcelona: Avance, 1976. p. 45.

y cotidianidad de vida, y si partimos del supuesto de que todo grupo social designa como violentos ciertos comportamientos con exclusión de otros, dentro de una lógica particular que tiene como referencia un orden social que le sirve de contexto y como dinámica un complejo de necesidades que tiene que satisfacer para hacer posible su reproducción, la etnografía se presenta no sólo como posible sino como procedimiento imprescindible para aproximarse al conocimiento de las formas culturales de ejercer la violencia, sin que importe su particular espíritu o la procedencia disciplinaria de quien pretenda hacer uso de ella.

No se trataría únicamente de interrogar el componente subjetivo de la acción violenta (lo cual se acercaría más a una psicología de la violencia), sino de reconstruir dentro del proceso de formación de lo social, el sistema de ideas y valores que permiten identificar los comportamientos reconocidos como violentos y que generalmente son la expresión extrema de situaciones de conflicto. Es precisamente ésta la labor etnográfica: no sólo una función de registro que permita recuperar las fuentes orales para una reflexión teórica, interdisciplinaria, actual y futura; es la reconstrucción de procesos en individuos que constituyen una sociedad concreta en diversos niveles de la realidad, es el reconocimiento del sujeto anónimo, de la diversidad cultural y de la heterogeneidad regional, para aproximarse a un fenómeno que, como la violencia en Colombia, impone, además, la perspectiva de los estudios comparativos y en detalle.

En este sentido, los relatos e historias de vida no son simples narraciones. Son una herramienta para abordar el reflejo de realidades y procesos en la semántica de individuos con carne y hueso. Al decir de Fals Borda, son una alternativa investigativa válida, tras la "búsqueda legítima de hechos y evidencias sobre la realidad elusiva. Alternativa que persigue como fin el rescatar la historia olvidada o prohibida y registrar, además, aquella historia viva que se agita inédita ante nuestros ojos".¹¹

11. Orlando Fals Borda. Prólogo al texto *Siguiendo el Corte*, de Alfredo Molano. Bogotá: El Ancora, 1989. p. 14.

En la sustentación de Carlos Piña, se trata de una herramienta privilegiada para dar cuenta de las categorías significativas y procesos clasificatorios con los que determinados sujetos piensan, organizan y representan su propia identidad. Su campo de validez, por tanto, se sitúa en el terreno de la construcción e interpretación de imágenes con sentido. Pero no de cualquier tipo de imágenes, sino de aquellas que hablan de su pasado y del sentido de su existencia, para posibilitar al investigador la aprehensión de ciertos procesos colectivos y compartidos de atribución de significados.¹²

¿Cuál es la naturaleza de la relación entre el universo individual de los actores y las relaciones sociales mediadas por la violencia?. Tal puede ser la pregunta en términos operativos. ¿Cómo se representan los actores violentos la experiencia de sus luchas cotidianas y de sus transgresiones; de la sobrevivencia y de la rebeldía, frente a una sociedad que no encuentran, probablemente, como propia?

La historia de vida como sistema investigativo y de aproximación recae, entonces, más en el hombre que en sus circunstancias. Establece una relación social de interacción sujeto-sujeto en la investigación. Reconoce la centralidad del *actor anónimo* para el conocimiento e interpretación de la sociedad. Aspira a conocer más acerca del funcionamiento de las estructuras y de la sociedad, a partir de la experiencia de los actores y de la reconstrucción presente en sus narraciones.

Aunque ha sido discutida la afirmación de que en Colombia podríamos encontrarnos bajo la presencia histórica de una *subcultura o cultura de la violencia*, no solo en la solución de los conflictos, sino incluso en los resquicios más íntimos de la vida cotidiana y, en general, en toda la gama de las relaciones sociales; lo consensual entre los académicos es el peso y el significado que las relaciones sociales violentas poseen en el conjunto de las relaciones sociales cotidianas. ¿Por qué no identificar e interpretar las dinámicas de dichas *formas culturales de ejercer*

12. Confróntese Carlos Piña. 'Historias de vida y ciencias sociales'. En, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Nº 132, México: UNAM, 1986 p. 143 y, 'La construcción del sí mismo en el relato autobiográfico'. En, *Revista Paraguaya de sociología*, año 25, Nº 71, enero-abril de 1978. p. 142.

violencia?. ¿Por qué no aprehender la forma como operan estas lógicas interpersonales e intergrupales para plantear alternativas sobre nuevas formas de construcción de lo social? ¿Por qué no indagar por la violencia más allá de la corteza de lo hechos, hasta donde no llegan las bases de datos, ni los enfoques de corte estructuralista, ni los macrodiscursos interpretativos? ¿Por qué no reconstruir los sentidos ocultos, las lógicas que los animan y los contextos que rodean cada hecho de violencia, acudiendo a los relatos de los actores involucrados en tales situaciones? ¿Acaso no mostraría ello las grietas de las estructuras de la dominación y la exclusión, los rostros del desarraigo y del terror, las estrategias inventadas para sobrevivir, los dilemas y las dialécticas en todo proceso de vida?

Los relatos y testimonios poseen como virtud el tránsito de la investigación social hacia terrenos inexplorados para comprender la violencia, sus lógicas y dinámicas; sus sentidos funcionales, trasfondos y realidades. El trabajador social, inscrito en la comunidad, puede encontrar en ellas un camino de exploración e interpretación para las violencias en Colombia. No se trataría de asumir un tipo de análisis específico conforme a los intereses o métodos clasificados en el primer acápite. Se trataría de obtener, a través de una disciplina y de su práctica, la intersección entre estructura y coyuntura, entre sociedad e individualidad, entre cultura y personalidad.

Misión para el trabajador social en relación con el estudio de las violencias en Colombia es, entonces, el ensayo de otros caminos para la investigación e intervención social. Si bien es importante interrogar el problema desde los enfoques tradicionales, no lo es menos indagar, en el terreno urbano, acerca de los contextos y escenarios en los cuales se manifiestan los hechos de violencia, así como también sobre los discursos y relatos que aportan sus actores. La labor, de cualquier forma, no puede ser menos que interdisciplinaria.